



UN VERANO EN VILANOVA

OLGA MARQUÉS

Esa mañana se levantó con la idea instalada en su cabeza. Ya no quedaban excusas si quería realizar el proyecto que durante tanto tiempo le había perseguido. Sabía que no habría otro momento ni otro sitio tan propicio para iniciarlo. Tenía que intentarlo.

Al atardecer ordenó los folios y contó la relación de cuadro. Eran alrededor de cien. Levantó la mirada pensativa. La vista que tenía delante era la más hermosa del mundo, no se cansaba nunca de mirarla. La ría estaba viva, con sus colores siempre diferentes y la marea subiendo y bajando sin cesar. El sol se reflejaba en el agua y producía distintas tonalidades de verdes: oscuras en la orilla, claras y casi transparentes en el centro.

El mar se movía con suaves ondulaciones hacia la izquierda, pero al fijarse se dio cuenta que era una percepción falsa, ya que a veces, pequeños trozos de madera, de algas y otros residuos se desplazaban en sentido contrario.

Hacía más de dos horas que anochecía, pero no acababa de ponerse el sol. Era un pequeño sol de medianoche solo para que ella lo disfrutara. Qué locura, pensó. No por el espectáculo que estaba contemplando, sino por lo que estaba planeando.

Quería hacer un libro y no sabía escribir. Quería hacer un libro y no sabía puntuar. ¿Y redactar un texto? De eso aún sabía menos.

Del disparatado proyecto, solo un asunto tenía claro: su absoluta determinación a hacerlo. Si se atenia al dicho “querer es poder” lo iba a conseguir, pero no estaba segura de que esa frase basada en la sabiduría popular fuera cierta. Pronto iba a comprobarlo.

Cogió la carpeta y examinó el contenido. Que abriera y revisara lo que había en su interior ya estaba siendo un triunfo. Durante más de tres años ese simple gesto le costaba un esfuerzo, le resultaba incómodo. Para evitar esa sensación de malestar se había limitado a realizar anotaciones sobre los cuadros que le interesaban, que más tarde ampliaba y desarrollaba.

Como estaba comprobando al analizar el material, mucha imaginación había echado para conseguir esa relación de más de cien pinturas que mostraban alteraciones en la piel. Sin embargo, algunas de ellas eran todo un acierto pues reflejaban, sin ningún tipo de duda, enfermedades y otras curiosidades en ella.

¿Y por dónde comienzo? Se preguntó. Lo primero que iba a hacer, y para lo que no tenía que pensar mucho, era clasificar las obras: nombre del autor, título del cuadro, año de realización, lugar donde se encontraba y, por último, la patología con la que estaba asociada.

Se pasó gran parte de la noche trabajando. Aunque era un trabajo lento y rutinario tuvo una gran ayuda, una herramienta con la que no había contado: Wikipedia.

Al día siguiente se levantó tarde, y en baja forma. Se tomó dos cafés para despejarse y recapacitar sobre su hipotético proyecto.

- ¿Se la estaba yendo la cabeza?

Cerró el ordenador que ya tenía preparado para empezar a escribir no sabía bien que, y se dirigió al ventanal. Ese mar tranquilo la sedaba. La ría estaba tan baja que se podía andar por ella. En esos momentos la habitaban bandadas de gaviotas blancas que picoteaban sin cesar buscando comida.

Con frecuencia, al despertar, cuando el agua bajaba, se encontraba con un espectáculo que aún seguía impresionándola: las mariscadoras faenando.

A pesar de las veces que las había visto, se quedaba clavada en la ventana observándolas. Todas, con sus botas de agua y un pequeño azadón, a la tarea, sin perder el tiempo, removiendo la tierra, y echando los tesoros que encontraban en un cubo que tenían al lado y llenaban lentamente.

La mayoría iban por libre, pero algunas se juntaban en grupitos moviéndose de forma acompasada, dobladas sobre sí mismas, en pequeños círculos. Una vez incluso su curiosidad fue tan grande que no pudo evitar bajar al puente para observarlas de cerca.

Llevaba mucho tiempo preguntándose qué hacían. Eran una veintena de mujeres esforzándose sin parar sobre un rectángulo que tenía el aspecto de una gran alfombra verde y cuyo tamaño desde donde ella lo contemplaba era difícil de precisar. Se alejaban para llenar los cubos con algo que no sabía precisar y de nuevo, sin descanso, se aplicaban al trabajo.

Al final resultó, cuando pudo comprobarlo, que sobre un lecho que parecía cubierto de algas habían puesto una especie de redcilla, y sobre ella iban esparciendo pequeños moluscos.

¡Hacen un vivero! se dijo sorprendida a sí misma.

El hecho real era que esas mujeres le estaban dando una lección de fuerza y de energía como pocas veces había visto en su vida

Dejó de divagar y tuvo que aceptar que ese día el proyecto se paraba. Estaba bloqueada. Menudo rendimiento, no había empezado a escribir y ya se tomaba un descanso.

Decidió que iría a pasear por las pequeñas calas. Frente a su casa había una pasarela que atravesaba la ría; solo con cruzarla ya se situaba en las playas. Al bajar, como solía hacer siempre, se paró en medio para contemplar con detenimiento el panorama. A esas horas el color del agua aún tenía un tono plateado. Si miraba hacia la derecha, hasta donde alcanzaba la vista, sobresalía la Isla de Arousa, bordeada de árboles con sus casitas de tejados rojos. Si se volvía hacia la izquierda, la ría, otra vez repleta, en la que fondeaban pequeñas embarcaciones, se ensanchaba majestuosa para acabar apaciblemente rodeando el pueblo.

Se inclinó sobre la baranda para contemplar el fondo en el que bandadas de peces nadaban sin cesar. Se sorprendió del tamaño que algunos tenían. ¿Y esos peces? ¿Porque estaban tan gorditos? decidió que no quería probarlos, a saber de qué se alimentaban.

Lo que si comprendió entonces es porque los pescadores se apostaban en el puente y lanzaban desde allí sus cañas. Sin embargo, lo que realmente le

sorprendía eran sus continuas quejas, llegando a la conclusión de que tenían toda la razón pues, hasta donde recordada, nunca les había visto pescar nada. En plan filosófico zanjó el asunto: eran los misterios del alma humana.

De repente la calma se alteró, un grupo de piragüistas, en sus pequeñas embarcaciones, se deslizaba bajo el puente. El grupito abigarrado y compacto se abrió con rapidez formando una doble fila presidido por una de las piraguas. Estas, de colores naranjas y amarillas, contrastaban vivamente con el traje verde de los remeros, que, de pie y acompañados de un niño (un pequeño aprendiz que lo observaba todo) manejaban el remo. Era un espectáculo colorista y brillante que llenaba la ría de vida y de alegría.

Reanudó su camino. Si seguía andando por el camino de tierra pegado al mar, que recorría en unas dos horas, era seguro que la cabeza se le despejaría y podría empezar a escribir. Al atardecer repitió la caminata. Esta vez, por las continuas paradas, el paseo fue más lento. Habría muchos otros atardeceres en el mundo, pero no había contemplado antes un espectáculo más hermoso que las puestas de sol en la ría de Vilanova. Después de tanto tiempo seguían emocionándola y sorprendiéndola.

Con una pequeña cámara digital fue fotografiando, una vez más, todo lo que veía, ya que la luz, al anochecer, iba apagándose lentamente, y, al reflejarse en el agua daba lugar a un sin fin de tonalidades, a la vez que el color del cielo cambiaba del suave violeta al intenso rojo carmesí, recordando a un impresionante espectáculo de luz y sonido que la naturaleza creara para su propio capricho y placer.

Al cruzar la pasarela, hizo una última parada, para contemplar de nuevo la ría, que envuelta, esta vez, en reflejos dorados se abría dulcemente al mar.

El largo paseo había conseguido despejarla, pero ¿que pretendía? estaba cansada, más que escribir lo que iba a conseguir era agotarse. Daba lo mismo, para animarse de forma precisa y clara, se dijo que, si quería evitar un serio conflicto consigo misma, esa noche, “o sí o sí” tenía que empezar a trabajar.

Estaba claro que se centraba más al anochecer. Ningún problema escribiría por la noche.

Alrededor de la una, y no antes, abrió el ordenador. Hasta entonces había estado muy entretenida con la lectura de una novela corta, *Peces de colores*. Haciendo tiempo, no sabía bien para que, rebuscó entre los libros que tenía, y mira por donde ¡qué casualidad! encontró una novelita que no conocía de Raymond Chandler, el creador del famoso detective Marlowe.

De Chandler, uno de los escritores más reconocidos del género de novela negra y uno de sus preferidos, había leído todas sus novelas largas (eran pocas) y muchos de sus relatos, de ahí su alegría al encontrar *Peces de colores*. Estaba publicada, junto a *La dama del lago* y *El simple arte de matar*, en uno de los libros de la colección Grandes Maestros del Crimen y Misterios, editado por Orbis en 1985. La colección, integrada por cien tomos que incluían tres novelas, era una auténtica joya para los aficionados al género policiaco, e incluso para los que no lo eran. Ella sí que lo era, por eso, cuando terminó de leer la novela, no dejaba de preguntarse con incredulidad que criterios había seguido para trasladar la colección a una casa a la que por razones de trabajo y distancia iba con poca frecuencia.

Se prometió, sin querer profundizar en el asunto, que los devolvería al lugar de donde habían salido, algo bastante improbable, pues su sitio ya estaba ocupado por otros libros.

Esa noche, para animarse, se dio una noticia mala y otra buena: la mala era que no empezaría el libro, la buena era que iba a hacer un trabajo rutinario, sin ningún tipo de esfuerzo.

Ya tenía todas las obras clasificadas, lo siguiente sería organizarlas por temas; a pesar de que los diagnósticos se repetían con frecuencia, no pudo valorar cuantos capítulos salían ¡Es que no tenía ni idea! Después de unas horas ya sabía el resultado.

Dejando algunos cuadros inclasificables, y una relación de heridas en la piel, que no parecían que tuvieran cabida en el ese libro y que dejaría para otro (que moral tenía), había un total de diecinueve capítulos.

Valoró si debía incluir el tema de Xantelasma, ya que el asunto se complicaba, pues estaba casi segura que la pequeña lesión que mostraba la mujer retratada, en la parte interna del parpado izquierdo, era un quiste infundibular y no un xantelasma. Pero es que era ¡La Gioconda!

¿Qué exploraciones y pruebas podían realizarse para la confirmación de un diagnóstico al paciente representado en una pintura? Siempre era un diagnóstico subjetivo.

Decidió hacerlo, ya que la suma “Gioconda y Xantelasma” añadía no solo un capítulo más, si no, quizás, el más curioso del libro.

El tercer día de trabajo amaneció lluvioso, y destemplado. Una faena. No parecía el día adecuado para despejarse paseando junto al mar, y lo necesitaba. Se tomó dos cafés y comprobó con disgusto que no podía tomar un tercero. Tendría que salir a comprarlo, o tomarlo en uno de los bares que había junto a su casa. Haría las dos cosas.

Había dejado de llover, por lo que se sentó en una terraza frente al mar. Arrebujada en una chaqueta contemplaba la ría, que era otra ría distinta, aunque no menos hermosa que la del día anterior. Sí, porque ahora estaba llena, oscura, a rebosar, produciendo un espectáculo grandioso y salvaje por igual.

Después de un par de horas, se levantó de la mesa, con el cuerpo saturado de cafeína y de malas noticias. Se dirigió a la parte antigua del pueblo. Tener que atravesarlo para comprar cualquier tontería era una pesadez. Para ganar tiempo se metió por algunas callejuelas que no conocía bien y acabo perdiéndose. Al final terminó en lo que era su punto de referencia: la Casa-Museo de Ramón del Valle Inclán. El gran escritor, dramaturgo y poeta había nacido en Vilanova, y en esta casa de sus abuelos maternos pasó parte de su infancia y adolescencia.

Ya que estaba allí entró al jardín lleno de árboles centenarios y de flores. Se sentó en un banco, y se puso a divagar. Por una serie de circunstancias se encontraba sola, y en un entorno que le relajaba. Tanto, que hasta había podido enfrentarse a la inseguridad que sentía ante la pretensión de escribir un libro. Un libro sobre arte, medicina y piel, o sobre lo que fuera, pero en el que aparecieran los más de cien cuadros que había ido recopilando durante esos tres años.

Hubo un tiempo, recordó, que fue un proyecto común con el que se había ilusionado. Suspiró profundamente mientras se levantaba. El sol volvía a brillar, dio un pequeño paseo por el jardín, salió y se dirigió al supermercado, pero casi al llegar encontró una peluquería y entró en ella; ir bien peinada mejoraba su autoestima, seguro que la ayudaría.

Llegó a casa a media tarde, no había comido aun, pero ya, si hacia un poco de tiempo, mejor cenaba. Mientras tanto repasó despacio la relación de cuadros. Tenía que decidirse por uno, una vez que describiera el primero, lo demás sería más fácil, pensó.

Se sorprendió al ver que el tema que más le atraía, no era propiamente de la piel sino de un anejo, el pelo. “Enfermedades del pelo” era uno de los más amplios porque incluía cuatro apartados. ¿Lo cambiaba? No, no, ese era el que quería hacer, además en él estaba esperándola la mismísima Frida Kahlo.

Bajo a cenar a un bar que se encontraba junto al puerto, al lado de su casa, y lo más importante siempre comía muy bien. La cena no pudo ser mejor, aunque, eso sí, solo bebió una copa de albariño. El vino se le subía con rapidez, no era cuestión, después de lo que le había costado arrancar de andarse con tonterías.

Antes de regresar, se acercó a contemplar las embarcaciones de pescadores que tanto le gustaban y que tenían nombres tan raros: Santorun López, Raquel Segunda, González Primero, Feluco. En todas había una pequeña cabina, un cesto de acero inoxidable y una grúa. Eran barcos de batea para mejillones le habían contado, cuando pregunto extrañada para que servía todo aquello.

Se pasó toda la noche trabajando y empezó el futuro libro describiendo el hirsutismo de Frida Kahlo en *Autorretrato con mono*.

Cuando unos días después se despidió con nostalgia de Vilanova, el libro avanzaba con fuerzas. Para entonces estaba segura de que lo terminaría, y también, ya que había podido comprobar que el dicho “querer es poder” era cierto, se editaría.

